

y traía hambre se metía en la alacena y se comía los mantecados blancos de tres en tres. Oyéndolo trastear, la madre le preguntaba desde la cama qué hacía, y él, con la boca llena de mantecados, le decía:

—¡Na, madre!

Y para disimular que comía, silbaba al mismo tiempo.

---

En otra ocasión se fue con la borriquilla a rebuscar uvas a lo sin vendimiar y se le acercó el guarda cuando ya tenía lleno el capacho. Le hizo subir en la borriqua con el capacho delante y el guarda andando detrás para que no pudiera deshacerse del cuerpo del delito, pero cuando llegaron al Ayuntamiento a poner la denuncia estaba el capacho vacío, sin ninguna prueba del daño, pues Calalo se había comido todas las uvas y los escobajos. El guarda, boquiabierto se quedó, diciendo:

—¡Anda con Dios lo que eres, hombre; nunca lo hubiera creído!

---

Entró en la confitería y pidió «de esos pasteles» que había en el escaparate. Se refería a los merengues. Le pusieron tres o cuatro en una bandejilla, y al clavarle el diente al primero y hundirsele en lo blanco, exclama:

—¡Arrea!, el primero, podría.

---

Otra personalidad alcazareña muy digna de figurar en estas notas por su borriquería, a lo don Magdaleno, y por su bondad y buena fe incomparables, era la Teresona, conocida como de Calcillas, porque Calcillas era su madre, conservándose más este apodo de la madre a causa del fallecimiento del padre en su juventud, que lo fue Salustiano Mazuecos, uno de los hijos del hermano Benito, primo hermano de mi padre por lo tanto. Vivía más acá del Cristo Zalameda, en la casa que hace frente a la calle de los Muertos, y tenía la cuadra a la calle, viéndose las mulas desde la ventana, a la que muchas veces tenían atados los cabezones. Allí nacieron, creo, todos sus hijos, y la Teresona jugó en la Placeta Albertos con los chicos como uno de tantos y con más fuerza que ninguno porque les podía a todos. Nunca perdió su aire viril, aunque lo suavizó bastante con la edad, y muchas de sus expresiones, netamente alcazareñas, son memorables. Usaba mucho la palabra «amuecía», aplicada a la persona falta de lustre, arrugada o encogida, y también la de «mugrosa», aplicada a la descuidada, desaseada o francamente sucia, como la de «canijo» al enteco, o «escuchimizao» al inservible. Sus ocurrencias, sus maneras y sus «moviciones», como ella decía, son innumerables y había que vérselas a ella. Algún día puede que la Nievillas nos «repase» algunas.

---